delero que tenia, no tan esquisito por su materia cuanto por las ricas labores que lo adornaban; y como un criado se opusiese á que se deshiciera de esta alhaja, le contestó con mucha gracia: «¿Puedo acaso privarme con mas justicia de este candelero que «consagrándolo al servicio de quien lleva la luz á los confines del «mundo?" En fin, para dar idea del gran deseo que tenia nuestra duquesa de que se propagara la fe, añadirémos que dejó una renta suficiente para mantener un obispo en un lugar en donde no fuese conocido el nombre de Cristo, dando á la Santa Sede el arbitrio que á ella pudiera tocar, para fundarla donde le pareciese; pero con la condicion de que esa renta no pudiera emplearse en otra cosa.

Fué su humildad mayor que su nobleza; en concepto de cuantos la conocian, era grande y virtuosa, pero en el suyo era vilísima y pecadora. Estando un dia en el Refugio de las arrepentidas sirviéndolas con sus propias manos como lo tenia de costumbre, le dijo uno de los circunstantes, que se maravillaba de ver una dama de tan alto estado en tan bajo ministerio: «No debeis ma«ravillaros, respondió ella, de que una gran pecadora sirva á «quien lo fué y no lo es." Cuando alguno se humillaba delante de ella ó le manifestaba reverencia, daba señales de sentir mucho que esto se hiciese con ella; y si algun pobre impedido, por su necesidad se arrojaba á sus pies para pedirle limosna, ella hacia lo mismo para obligarlo á que se levantase.

Llegó á noticia de Alejandro VII la prodigiosa vida de nuestra duquesa, empleada enteramente en obras de piedad, y llena de tantos merecimientos como la fama publicaba en los mas remotos paises del mundo; y para mas alentarla Su Santidad en la perseverancia, le despachó un breve manifestándole su paternal afecto y la estimacion que de ella hacia; pero su mucha humildad le hizo ocultar este favor, y se hubiera ignorado si despues de su muerte no se hubiese encontrado en sus papeles.

Crecia con los años esta virtud; así es que en sus últimos dias decia con mucho fervor: «¡O Dios mio! inspirad á esta «gran pecadora alguna empresa para gloria vuestra y para re«mision de sus pecados." En su última enfermedad, como viese el dolor y lágrimas de los que se hallaban presentes, trató de templar su sentimiento con estas palabras: «¿Por qué llorais? ¡Ah!

«no es eso lo que debeis hacer, sino rogar á Dios y pedirle mise«ricordia para esta gran pecadora." Luego que recibió la bendicion apostólica y la concesion del jubileo del Año Santo por mano del nuncio de aquel reino, fijando los ojos en un crucifijo, entregó su espíritu en las manos del Señor el 17 de Abril de 1675, á los sesenta y nueve años de su edad. Dejó en su testamento tantos legados piadosos, que llegaron á la cantidad de 135.000 liras;[1] mandó que no se le hiciesen exequias solemnes, y que sobre su sepulcro se pusiera esta inscripcion: *Domine, miserere super ista peccatrice.* El llanto general de los pobres, huérfanos y viudas de Paris, honró su sepultura; muchas iglesias de Francia en prueba de agradecimiento á sus beneficios, celebraron su memoria con suntuosas exequias, así como tambien en Roma, donde la Congregacion de Propaganda fide, hizo lo mismo por el ardiente zelo con que habia contribuido á propagar la Religion cristiana en todo el mundo.

LA SEÑORA LE GRAS.

Luisa de Marillac, nació el dia 12 de Agosto de 1591. Apenas habia salido de la infancia, cuando perdió á su madre; pero felizmente su padre, virtuoso y lleno de talento, cuidó con particular esmero de su educacion. La puso primero en un convento de religiosas, para que allí recibiera los principios de piedad cristiana; y luego que la encontró suficientemente instruida, le dió una maestra hábil y virtuosa, que le enseñó las labores convenientes á su clase. En fin, encontrando en ella disposicion para toda especie de instruccion, no olvidó nada de lo que podia perfeccionarla, tanto en los ejercicios del cuerpo, como en los del espíritu: así es que le hizo aprender dibujo, pintura, y aun latin y filosofia para formar su juicio, y hacerla entrar insensiblemente en el estudio de ciencias mas elevadas. Encantado de su penetracion y progresos, el Sr. Marillac no tenia mayor placer que conversar con ella, y estaba tan satisfecho de la docilidad con que correspondia á sus afanes, que en su testamento declaró, que ella habia hecho todo su con-

1 Hacen 27.000 pesos.

suelo en este mundo, y que aun creia que Dios se la habia dado para descanso de su espíritu en las aflicciones de la vida. Ocupada en estos diferentes ejercicios, subordinados siempre á los que prescribe la Religion, hasta la edad en que generalmente se hace eleccion de estado, pensó entonces entrar en un convento de capuchinas; pero habiéndolo consultado con un padre del mismo instituto, este prudente religioso desaprobó su intento, porque creyó que su complexion débil no le permitiria seguir una vida tan austera. En esta época murió su padre, y como ella era jóven, única heredera de un caudal considerable, y estaba poco acostumbrada á manejar negocios temporales, abrazó el estado del matrimonio que le proponian, porque no podia tomar el de la religion, y porque el Señor queria hacer de ella un modelo para todos los estados. Tenia veintidos años cuando casó con el Sr. Le Gras, secretario de la reina María de Médicis, cuya familia se distinguia por su amor á los pobres, y habia fundado un hospital en la ciudad de Puy. Se ha dicho de ella, y sin exageracion, que no omitió ninguna de las buenas obras que se pueden hacer en ese estado; no hay una sola que no hiciese con la mayor edificacion. Desde los primeros años se dedicó á visitar á los pobres enfermos de la parroquia en que vivia, proporcionándoles toda la asistencia posible; y encendiéndose mas y mas la caridad en su corazon, pasó á visitarlos en los hospitales, donde les hacia con sus propias manos los servicios mas bajos y penosos. Aunque vivia en medio del mundo, nunca tuvo apego á sus falsos placeres y vanidades; vestia siempre modestamente, y sus adornos eran aquellas virtudes que hermoseando al alma, realzan el mérito de la pureza delante de Dios; era su mayor regocijo poder separarse del trato del mundo, y tener libertad para unirse á Dios y conversar con él en la oracion. No solo cumplió con todos los deberes que prescribe el Evangelio hácia Dios, sino que hizo con los pobres todos los oficios de la caridad mas ardiente; tambien satisfizo perfectamente á todo lo que debia á su esposo y familia. Bendijo Dios su matrimonio con el nacimiento de un hijo, á cuya crianza se dedicó con particular cuidado, y que despues fué consejero del rey; vigilaba incesantemente para alejar de sus criados el vicio é inclinarlos á la virtud, y logró que todos los que tuvieron la dicha de entrar en aquella venturosa casa, aprovecharan los buenos ejemplos que les ofrecian sus amos. Habia sobre

todo, dos dependientes del Sr. Le Gras, en quienes hicieron tanta impresion las virtudes de su esposa, que se resolvieron á dejar el mundo, como en efecto lo ejecutaron. La Providencia Divina que queria santificar á la Sra. Le Gras por medio de las mas dificiles pruebas, permitió que su marido desde tres ó cuatro años antes de su muerte padeciese frecuentes enfermedades, que alteraron su carácter hasta el grado de hacerlo bastante enfadoso y dificil de sobrellevar; pero su fiel y caritativa esposa le demostró entonces un afecto todavía mas tierno, un cariño mas condescendente, con el fin de calmar su espíritu y suavizar sus penas y dolores. Estas atenciones, estas pruebas sensibles de su amor, le ganaron enteramente el corazon de su marido, y lo hicieron entrar en las disposiciones verdaderamente cristianas con que por fin murió el año de 1625, despues de haber recibido los sacramentos. Dispuso ella entonces emplear su viudez en santificarse mas y mas por la mayor frecuencia de sacramentos, oraciones y buenas obras. Su director, que era el célebre obispo de Belley, íntimo amigo de San Francisco de Sáles, viendo que las atenciones de su diócesis no le permitian habitar en Paris, ni por lo mismo dedicarse como deseaba á su virtuosa penitente, creyó que no le podia dar un guia mas sabio que el gran Vicente de Paul, de cuya virtud le habia dado la mas alta idea su mismo amigo San Francisco. La direccion particular de una alma no convenia muy bien con el plan que se habia formado Vicente de trabajar principalmente en la instruccion y santificacion de las gentes del campo; sin embargo, el respeto que tenia al obispo de Belley, no le permitió negarse á una persona que le presentaba aquel prelado, y la Sra. Le Gras que no tardó en conocer el mérito de su nuevo director, se sintió fuertemente animada á imitar sus ejemplos y á cooperar á sus grandes empresas, consagrando su vida al servicio de los pobres, y deseando que esto fuese con voto irrevocable. Pero Vicente le dijo que primero consultara á Dios, haciendo mucha oracion, y sobre todo, llegando con mucha frecuencia á la Sagrada Eucaristía, que es el oráculo de la nueva ley, en donde el Señor se complace en manifestar sus voluntades. Su fidelidad y perseverancia obligaron, en fin, á su director á recibir sus ofertas, y á asociarla en alguna manera á los trabajos de sus misiones para la asistencia de los pobres del campo. Vicente co-

menzó á emplearla en estas santas tareas por el año de 1621, y la alma fiel y zelosa de esta buena señora recibió las órdenes del santo sacerdote con tanta alegría como sumision y respeto. Antes de emprender estos viages, recibia de él una instruccion por escrito sobre la conducta que debia observar en ellos; y el dia de la salida comulgaba para recibir por la presencia de Jesucristo, una comunicacion mas abundante de su caridad, y una prenda mas segura de su proteccion. Comunmente caminaba en compañia de algunas señoras piadosas, y de la manera mas incómoda que podia, comiendo y durmiendo muy pobremente, para participar de la miseria de los infelices que iba á socorrer. Llevaba consigo una gran provision de ropa y medicinas, y cuando llegaba á los pueblos, reunia á las cofrades de la Caridad, les daba las instrucciones necesarias para el buen cumplimiento de sus deberes, las animaba con el fervor de sus exhortaciones, les daba el ejemplo yendo ella misma á visitar á los enfermos y presentándoles los alimentos y remedios que necesitaban. Despues de atender al alivio de las enfermedades corporales, acudia al remedio de las del alma, para lo cual juntaba á las doncellas del campo en alguna casa particular, y les enseñaba los artículos de la fe y las obligaciones de la vida cristiana. Solo Dios puede contar las buenas obras hechas por nuestra Santa viuda; pero están escritas sin duda en aquel libro inmortal, en que no se olvida ni un vaso de agua dado en el nombre del Señor.

Vicente supo que en uno de los pueblos que fué á visitar, tuvo algunas dificultades con el cura; le encargó que lo fuera á buscar, y le dijera que estaba muy dispuesta á volverse, si él no queria que continuase sus ejercicios de caridad en aquella parroquia; que tal vez este acto de virtud y sumision daria mas gloria á Dios que todo el bien que pudiera haber hecho de otra manera. Ella siguió este provechoso consejo; y el cura que vió la rectitud y pureza de sus intenciones, le permitió que siguiera haciendo á su rebaño todo el bien que deseaba. Era de esperarse que quien habia proporcionado tantos bienes á las gentes del campo, hiciese otro tanto con las de Paris, que no eran menos dignas de compasion, procurando un establecimiento tan útil, particularmente en la parroquia donde vivia, y en efecto, emprendió plantearlo en ella el año de 1630. Su ejemplo y el influjo que posée siempre una virtud tan sobresaliente, hicieron que á poco tiempo hubiese bastantes señoras dispuestas á tener parte con ella en el triste pero glorioso destino de servir á los pobres enfermos. Habia en la parroquia una muchacha atacada de la peste; á pesar del horror que este mal inspira, nuestra ilustre viuda no pudo contener su zelo, y generosamente resolvió esponer su vida por salvar la de la enferma, ó para procurarle una felicidad eterna. Su confianza, que estaba puesta en Dios, no quedó confundida; la Providencia Divina la libró del peligro, y ella desde entonces empleó la vida que Dios le habia conservado en servir á los pobres; así es que ya no tuvo mas ocupacion en el resto de sus dias, que descubrir las diferentes necesidades de los pobres, facilitarles toda clase de auxilios y limosnas, y prepararles en las personas de sus hijas unas escelentes criadas, que en lo sucesivo les diesen la mejor asistencia y alivio.

Ya vimos en la vida de San Vicente, que cuando las Cofradías de la Caridad empezaron á establecerse en Paris, se pulsaron varias dificultades, y que para vencerlas se creyó necesario formar una congregacion de mugeres bajo la direccion de una superiora que las adiestrase en los ejercicios de caridad, y que siempre hubiese algunas de ellas en reserva para socorrer las diferentes necesidades que repentinamente se presentaban. El Santo conoció que no podia encontrar persona mas á propósito para este empleo que la Sra. Le Gras, la que á una consumada prudencia reunia una piedad ejemplar y un zelo ardiente é infatigable; y le entregó unas cuantas doncellas, que empezaron á vivir en comunidad con ella el dia 29 de Noviembre de 1633. Luego que la Sra. Le Gras se encargó de la direccion de esta naciente Compañía, tuvo tanto amor á esta vocacion, que quiso sacrificarse enteramente, obligándose á ella con voto irrevocable: así lo hizo al año siguiente, dia de la Encarnacion del Divino Verbo, y desde entonces cada mes ofrecia una de sus comuniones al Señor, en accion de gracias porque se habia dignado llamarla á un estado de vida, cuyos momentos estaban consagrados todos á su servicio y amor. La caridad de esta señora se puede comparar con el aceite que se multiplicó en manos de aquella viuda de quien hace mencion el Libro cuarto de los Reyes. Nuestra viuda cristiana, que á los principios solo contaba con pocos fondos, una salud quebrantada y un corto nú-